

Los años López Velarde

Vicente Quirarte

A noventa años de la muerte de Ramón López Velarde, el escritor Vicente Quirarte —quien acaba de recibir el premio que lleva el nombre del poeta jerezano— nos recuerda que la obra del autor de “La Suave Patria”, con sus versos diáfanos y sus enigmáticas metáforas, sigue más viva que nunca.

La noche del 14 de junio de 1988, víspera del centenario del natalicio de Ramón López Velarde, un grupo de escritores llegamos en peregrinación a esta ciudad de Jerez. Nos recibieron las enlutadas viudas del poeta bajo una lluvia tan fina como incesante. Antes que impedir nuestra marcha, el agua del cielo nos acompañó en el recorrido por una ciudad que en ese instante era el territorio más emotivo de México. Al cuello nos fue colgado un pequeño jarro, constantemente abastecido con mezcal de Huitzila. Su transparente lumbré nos permitió resistir pacientemente las horas que mediaban hasta la una de la mañana en que se echaron a vuelo las campanas de todos los templos para celebrar la llegada al mundo de un poeta que sólo nace cada siglo.

Aquel despuntar del 15 de junio es una de las experiencias por las cuales vale la pena haber vivido. Nunca dejaré de agradecer a la gente de Jerez, a las autoridades de Zacatecas, a cada leal campanero, todo cuanto hicieron para que el son del corazón fuera unánime y todos sintiéramos que la palabra de un poeta es capaz de conjurar ángeles y demonios para asentar en nuestro dominio sólo aquéllos capaces de salvarnos, aunque antes tengamos que perdernos.

Veintitrés años después, se me concede volver a esta tierra por intermedio de nuestro poeta mayor, para re-

cibir un premio que lleva su nombre, circunstancia que lo transforma en la mayor recompensa. Gracias a Juan Gelman, José Emilio Pacheco, Hugo Gutiérrez Vega, Eduardo Lizalde, Francisco Hernández, Víctor Sandoval, Evodio Escalante, poetas que integraron el jurado y tuvieron la benevolencia para sentir que mis afanes merecían semejante distinción, que es al mismo tiempo una responsabilidad mayúscula; gracias al gobierno del Estado de Zacatecas, por creer que la poesía no es ornato social sino actividad primaria, profesión tan esencial como todas aquellas otras que preservan el alma y el cuerpo de los hombres y “el perímetro jovial de las mujeres”. Gracias al enorme Marco Antonio Campos, poeta a quien debo, entre muchas otras cosas, haber publicado mis primeros poemas, cuando él era joven y ya admirable capitán de una nave en la que varios emprendimos nuestras iniciales y definitivas navegaciones. Gracias a mis otros hermanos poetas que han venido de diversas partes del país, para hacer de la poesía una verdadera comunión. Gracias a mi Patricia, amor, patria mía, y a su luminoso linaje que acompaña mis más altas zozobras y alegrías.

En una de las numerosas lecturas que se han hecho de la vida y la escritura de nuestro poeta, mi maestro Alí Chumacero escribió un texto titulado “Ramón López Velarde o el hombre solo”. El jerezano fue el prime-

ro que en nuestra modernidad salida de la violencia revolucionaria descubrió la condición de estar separado del mundo, de “vivir la formidable vida de todos y de todas” y existir como el tigre, célibe y en una jaula impuesta por su propia voluntad. Nadie estuvo tan solo como López Velarde. Nadie tan acompañado como él. Nadie ha resistido mejor el paso de los años. Como Franz Kafka en Praga, Fernando Pessoa en Lisboa, escritores de almas tan paralelas a la de Ramón, nuestro poeta está ligado íntimamente al cielo cruel y la tierra colorada que lo vieron nacer. Es un autor ampliamente conocido y estudiado en México, pero no ha logrado el prestigio universal que merece. Un primer paso es el de la reciente edición española de su poesía y el portal de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, ambos preparados por el profesor sevillano Alfonso García Morales. Sin embargo, a pesar de nuevas lecturas y propuestas, un poeta como él no se agota ni es agotado. Pocos lo han expresado mejor que José Luis Martínez, quien al principio de la edición centenaria de 1988 escribió las siguientes palabras:

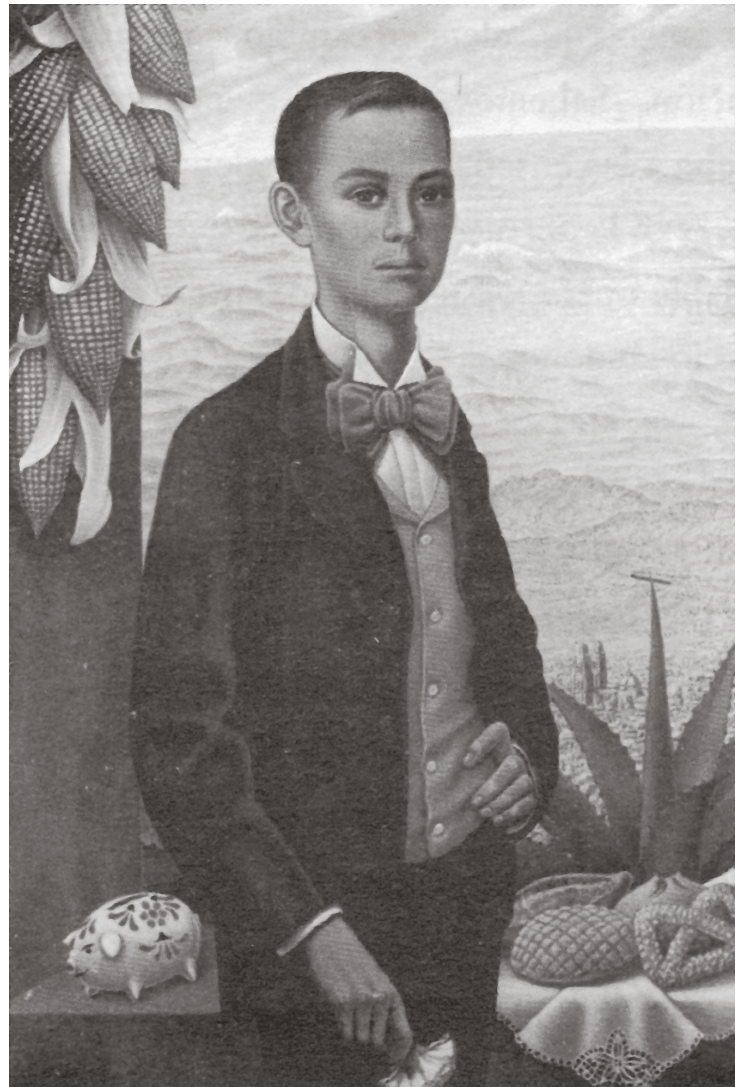
A cien años del nacimiento de Ramón López Velarde, su obra es un legado cada vez más vivo y entrañable, cada vez

más rico y persuasivo. Unos podrán amarla por el aroma que cautivó de la provincia y por esa esencia del México más hondo que nos revela; otros por su cálido apoyo al prestigio y a la magia de la mujer; otros por ese encantamiento y esa gracia irónica con que el autor sabía levantar todos los asuntos que tocaba su pluma; otros, por su don verbal, por su raro sentido para crear, con las viejas palabras, mundos recién nacidos, constelados de reflejos e intenciones; mas, por cualquier camino que lleguemos a ella en México coincidimos, caso excepcional en este país de inconformes, en el gusto por la poesía y la prosa de Ramón López Velarde.

La poesía no sirve si no modifica al menos el corazón de un hombre, si no vence la resistencia de la mujer a la que se ama, si no transforma la voluntad del poderoso. La historia de México lo demuestra una y otra vez, desde Guillermo Prieto hasta Rubén Bonifaz Nuño. Entonces como ahora, los valientes no asesinan, y si los cobardes persisten en hacerlo, inscriben en una lápida colectiva: “Me sobrevivo en vela, mereciendo, que al corazón me apunten al matarme”. El poeta no cambia estructuras pero sí es la autoridad moral que clava su flecha en el corazón del lenguaje, recupera su dignidad



Ramón López Velarde a los dos años



López Velarde, niño

inicial y es el primero en reconocerse mendigo sideral, réproba llama, cazador furtivo.

En el momento en que leo estas palabras, Javier Sicilia, poeta que ha renunciado a la palabra, nos da una indeleble lección de valor y civilidad. El poeta ha decidido callar, pero sus palabras están ahí ya para siempre y adquieren nueva vida cuando el nuestro es un territorio constantemente mutilado.

Dentro de diez años, México conmemorará el centenario de la entrada en la inmortalidad de Ramón López Velarde. Si para entonces tenemos el país que no hemos merecido pero que merecemos, varios de los aquí presentes estarán para dar fe del acontecimiento. Cuando en 1991 celebramos el natalicio de Jean Arthur Rimbaud, su apasionado estudioso Alain Bohrer declaró que no culminaban sino empezaban los años Rimbaud. Del mismo modo en que el adolescente de Charleville es el poeta de cada día, por su amotinamiento, su terrible silencio, su clarividencia para vislumbrar el porvenir, Ramón López Velarde es el poeta que acompaña y cuestiona cada uno de nuestros modestos intentos que él magnifica en heroicas aventuras. Su ejemplo de exigencia verbal y vital lo hacen digno de nuestra admiración, y como él hubiera querido, de nuestro constante juicio crítico. En 1921 comenzaron los años López Velarde,

porque entonces fue unánimemente reconocido con el título, peligrosamente ambiguo, de poeta nacional. No han llegado a su fin, porque sus poemas permanecen tan vivos como la odisea por él protagonizada, defendida y exaltada. Unamos entonces nuestros afanes para seguir hablando con Ramón López Velarde y demostrar que el gran poeta, el auténtico poeta, es siempre nuestro contemporáneo. Sus palabras son un manifiesto cuya tinta aún no seca, y en él hay que buscar un rumbo para este país masacrado e incierto, pero como la Historia lo demuestra, siempre invencible y renaciente. Que estas palabras mías concluyan con las del poeta que nos congrega, nos limpia la sangre y nos obliga a convertir cada uno de los minutos de nuestra vida en la obra de arte a la que todos estamos obligados: “Bebiendo la atmósfera de su propio enigma, la nueva Patria no cesa de solicitarnos con su voz ronca, pectoral. El descuido y la ira, los dos enemigos del amor, nada pueden ni intentan contra la pródiga. Únicamente quiere entusiasmo... No cometas la atrocidad de poner las sillas sobre la mesa”.

Palabras pronunciadas en el Teatro Hinojosa en Jerez, Zacatecas, el 19 de junio de 2011, en la entrega del Premio Iberoamericano de Poesía “Ramón López Velarde”.



López Velarde a los 18 años

